

LA NECESIDAD DE LA INDEPENDENCIA DEMOSTRADA POR UN JOVEN AMERICANO

El artículo 371 de la Constitución política de la Monarquía Española dice: “Todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, &c. luego tengo facultad para sentar, imprimir y publicar la siguiente proposición.

Ninguna clase de gobierno puede hacer prosperar a las naciones americana y española, mientras la primera dependa de la segunda.

Es necesario huir de toda ambigüedad y confusión en las voces o términos que se eligen, para expresar nuestros conceptos; y solamente con esta precaución podrá evitarse que los lectores ya por ignorancia o por malicia entiendan las expresiones, si no en sentido opuesto, a lo menos en otro muy diverso de aquel en que se habla; definiré por tanto las voces de mi proposición que sean susceptibles de muchos sentidos, determinando aquel en que me han de servir, antes de alegar las pruebas.

Cuando digo: *Ninguna clase de gobierno*, hablo relativa no absolutamente, esto es, no comprendo todas las formas inventadas hasta ahora, o que en lo sucesivo puedan establecerse, sino solamente tres, de las que dos son las únicas en mi concepto que puede admitir la España, si se atiende al grado de ilustración a que ha llegado en asuntos políticos. Estos dos gobiernos son, la Monarquía moderada y el republicanismo; a las que agregó la Monarquía absoluta, no por que espere yo ver restablecido algún día tan ruinoso sistema en ultramar (ni menos en América, donde no se ignora en quien reside la soberanía) sino por que habiendo dominado tanto tiempo, y contando aun con muchos partidarios, es muy difícil, pero no imposible que estos lleguen a triunfar.

La prosperidad o felicidad de una nación consiste, en la perfección de las ciencias, de la agricultura, del comercio y de las artes de suerte que cuando más se acercan las sociedades a la perfección de estos ramos, son más felices o prósperas. Así, por ejemplo, decimos, que los Estados-Unidos de América son más felices que el imperio mexicano, por haberse adelantado en aquellos mucho más que este. Con que está declarado el sentido de las expresiones: *Ninguna clase de gobierno*, como también el de las que siguen inmediatamente: *puede hacer prosperar*.

Las voces: *naciones americana y española*, no necesitan de explicación; pues ya se sabe que nación americana no puede ser otra cosa que el conjunto o reunión de todos los individuos nacidos y residentes en América, ya traigan su origen de África, de España ó de Francia &c. así como nación española es la congregación de todos

los que habiendo nacido en España la están actualmente habitando, aunque sus padres hayan sido griegos, italianos, sarracenos &c.

Lo restante de la proposición me parece también bastante perceptible y clara por sí misma; pues nadie ignora que nuestra actual dependencia consiste en que la América no se gobierna dentro de sí misma por el contrario, se nos obliga a mandar a España nuestros representantes, solo con el objeto de que vayan a ejercer nuestra soberanía a tan grande distancia. Dije nuestra actual dependencia por que la que teníamos poco ha, era una verdadera esclavitud; por cuanto jamás se nos permitía ejercer nuestros imprescriptibles derechos, al paso que debíamos practicar sin disputa, sin excusa y prontamente la voluntad o capricho de un hombre, las más veces mal aconsejado o mal intencionado.

Cavados los cimientos se levanta el edificio; vamos pues a la demostración, sin perder de vista el sentido de mi proposición.

Ninguna clase de gobierno puede hacer que prosperen dos naciones opuestas (sean o no dependientes) cuya enemistad las obligue a estarse hostilizando. El más estúpido conocerá la verdad de esta proposición. En efecto ¿qué sucede en el interior de dos naciones enemigas? El sabio abandona escuela y gabinete: el labrador el campo y sus arados; su taller el artífice: su industria el comerciante: la hacienda pública se pone exhausta; se obstruyen por último todos los conductos de la prosperidad, abriéndose por otra parte los de la ruina y decadencia. El mismo gobierno que sostiene la guerra, debe precisamente causar estos estragos; por que necesita hombres que manejen las armas y dinero para pagarles sus servicios, con que en vez de que los gobiernos puedan proporcionar en el caso la felicidad a sus pueblos, son estos conducidos por aquellos a su destrucción y ruina. Si son continuadas las hostilidades, y no se pone fin a la contienda, llegarán al exterminio las dos naciones, más o menos tarde, según fueren su opulencia y sus recursos. Si la guerra, aunque interminable se suspende por algunos intervalos, no caminarán tales naciones, si así se quiere, a la desolación; pero tampoco harán el menor progreso, pues todo cuanto han hecho en las treguas, lo perderán sin remedio cuando acaben estas. Todo lo consume el tiempo dijo el poeta; y yo diría con más razón, todo acaba con la guerra. Creo no habrá en el globo hombre tan ciego que no vea la claridad de estas virtudes; luego es cierto, que ninguna clase de gobierno puede hacer que prosperen dos naciones opuestas (sean o no dependientes), cuya enemistad las obligue a estarse hostilizando.

Las naciones americana y española están y estarán hostilizándose, mientras la primera dependa de la segunda. Esta [menor] es tan cierta como la consecuencia que acabo de inferir: paso no obstante a aclararla. Es constante que aún el virreinato de México, que aparenta menos deseos de emanciparse que las demás partes de América, abriga todavía partidas considerables de los llamados rebeldes o insurgentes, quienes no pretenden y pelean otra cosa que la independencia de su patria. Estos son seguidos por los llamados realistas, quienes protegen y defienden la unión de América y España. La opinión de los americanos alarmados, es la misma que la de todos o casi todos los que no lo están: es decir, tal opinión es generalísima; y me fundo en

esto: los americanos presentes no tienen sin duda menos amor a su patria que el que tendrán los venideros, también sabe ya la mayor parte de aquellos las grandes ventajas que trae la independencia, como lo saben estos: luego siendo aquel amor y esta ciencia, los resortes que han de poner en movimiento a los segundos; por que los harán desear y procurar en todo tiempo (como probaré adelante) su emancipación; debe asegurarse que los primeros la están deseando; por consiguiente la opinión de independencia es generalísima en América. Así puede muy bien decirse, que la nación americana hostiliza a los realistas. Estos se oponen a aquella en nombre de la nación española que favorece; con que tenemos actualmente a las naciones americana y española, ocupadas en hostilizarse. Que estarán hostilizándose, mientras aquélla dependa de ésta, dice la segunda parte de la proposición menor: veamos la razón que hay para tan funesta profecía, el lapon ama sus hielos, el africano su abrazada patria, el árabe infeliz su estéril suelo; no hay en fin hombre alguno sobre la tierra que no ame tiernamente el lugar en que nació, cualquiera que sea su clima y su miseria. Tal amor es en mi concepto más natural que el del hijo hacia sus padres; y si algunos obran, como si estuviesen privados de él, en realidad no lo están, sino solamente sofocan su llama y su impulso echándole encima las pasiones. ¿Y se querrá que el americano ponga barreras impenetrables al poderoso influjo de la naturaleza? ¿se querrá que no ame su fecunda patria, sembrada por todas partes de riquezas, dotada con variedad de climas agradables; y que para no cansarme solo ofrece delicias y placeres? No, no es posible confundir con las piedras el corazón de mis hermanos: ellos aman y amarán su país, y aunque quieran, nunca dejarán de amarle. ¿Y quién procura lo mejor para su amado? Luego el americano siempre ha de procurar que su adorada patria no sea inferior al resto de la tierra: él hará los mayores esfuerzos, a fin de darle a América al rango a que puede llegar por si sola; y jamás perderá de vista la emancipación que es quien únicamente puede lograr todos sus deseos. Porque la verdad, mientras haya dependencia siendo el gobierno monárquico absoluto, la América es la parte de la Monarquía, a que dirigen más iras la arbitrariedad y el despotismo, como que tiene mayor número de objetos que puedan servir de blanco; si el gobierno fuere monarquía moderada o republicanismo, para la América no habrá otra diferencia entre estas formas y la absoluta, que la de los nombres; en lo esencial sería tan absoluta la una como las otras; he aquí la razón. El despotismo de los Monarcas ¹ se limita ciertamente o acaba en las dos últimas clases de gobierno; pero queda en todo su vigor el de los que hacen inmediatamente sus veces. Entre estos hay hombres sensatos y capaces de cumplir con su deber, así, por ejemplo, hubo en el gran México un Revillagigedo, y habrá quizá en lo sucesivo 300 como él; más también ha habido un Calleja y habrá 30000 tiranos como este. Finjase con todo que cada virrey sea un ángel bajado del cielo: aún en este caso no llegaría a ser la América todo cuanto puede ser, por que hay mucha diferencia entre el hijo que está bajo la patria potestad, y el que se halla fuera de ella: el primero obedece sin réplica, y nada puede hacer sin previo

1 *Tal se entiende que no hablo de todos los reyes; pues no todos son despotas.*

consentimiento, cuando el segundo obra según su voluntad y sin que nadie se lo impida: éste ya es menor de casa; y aquel solo es parte o miembro de familia. Es desde luego cierto que mis compatriotas jamás verán con indiferencia el estado de su patria, mas se requiere para esto que conozcan lo mejor. Convengo en ello, y preguntó: ¿faltará algún día un americano siquiera de mediano talento, capaz de conocerlo? Días ha que comenzaron a disiparse las demás nubes que cubrían a nuestro suelo. Días ha que el estruendo del cañón, comenzaron a huir de entre nosotros las horrendas tinieblas de la superstición y la ignorancia: días ha que los rayos de una luz muy viva comenzaron a herir nuestros ojos, acostumbrados antes a la negra obscuridad y se van espesando a proporción que pasa mayor tiempo: luego cada día se habrá multiplicado el número de americanos capaces de encender o atizar el fuego; pero demos que en lo sucesivo haya solamente uno: este será bastante para despertar a los demás, y obligarlos a emprender y sostener perpetuamente tan odiosa lid, destruidos sus ejércitos, organizará otros nuevos: después de alguna calma, vendrá otra borraca más fuerte que la pasada: se apagará la llama por un lado, y por otro reventará un volcán de fuego: perecerán todos los americanos y los hijos de los nuevos habitantes harán los mismos esfuerzos. Los españoles, queriendo subyugarlos, tendrán que echar mano de la fuerza; y he aquí encendida siempre la voz de la discordia entre dos pueblos que debían tratarse con la mayor fraternidad. Con que es evidente que las naciones Americana y Española están y estarán hostilizándose, mientras aquella dependa de ésta.

Es igualmente cierto como queda demostrado que

Ninguna clase de gobierno puede hacer que prosperen dos naciones opuestas (sean o no dependientes) cuya enemistad las obligue a estarse hostilizando: Luego es inconcuso que

Ninguna clase de gobierno puede hacer prosperar a las naciones americana y española mientras la primera dependa de la segunda.

Este es la proposición que senté al principio, y que me parece se infiere clara y rectamente de las premisas que le anteceden; resta sin embargo disolver una dificultad, para que se entiendan mejor las pruebas que he alegado; y es la siguiente:

Diré que la opinión de independencia es generalísima en América ¿cómo pues, los escritores del vasto imperio americano solo piden *Constitución*; de consiguiente *unión y dependencia*? ¿Cómo acaba de recibirse el Código de la libertad española con tantos *vivas y aclamaciones*? ¿Cómo los disidentes que quedaban empezaron a *rendir las armas*, desde que varió el sistema político de su país. Luego el pueblo mexicano en vez de querer separarse de la Península, no aspira a otra cosa que a estar unido a ella bajo un gobierno moderado; y así no es tan general, como se supone, la opinión de independencia.

Esta objeción no puede hacerla otro que el que ignore la enorme distancia que hay entre las acciones externa del hombre y los sentimientos de su corazón. No siempre a la verdad, pero sí; muchas veces las circunstancias nos obligan a mentir; y esto es lo que puntualmente sucede en nuestra América; mas voy a responder rápidamente para mayor.

Hay dos clases de escritores; unos demasiado cobardes (y son los más) que creen excitar contra sí todo el furor del infierno, si profieren la mínima expresión en favor de lo que sienten y desean. Ya se ve que estos jamás dirán verdad: otros más arriesgados, se asemejan en sus escritos aquellos caminantes que al pasar un río caudaloso, van entrando en él con mucho tiento, y caminando muy poco a poco; porque temen que un paso veloz y grande los lleve a una profundidad; y no teniendo de donde asirse serán precisamente arrebatados de la corriente impetuosa. Paseamos adelante.

Cuando un hombre cargado de cadenas (como lo estaban América y España) llega a romper algunas solamente, claro está que se debe llenar de gozo y alegría; mas no tanto, cuando se vea enteramente libre.

Por último, la excesiva sensibilidad es el carácter del americano. Lo confiesa el mismo Queipo ² de suerte que mis compatriotas ven con horror toda efusión de sangre humana; y a no ser preciso repeler la fuerza con la fuerza, jamás derramarían la gota más pequeña; por tanto, habiendo concebido esperanzas de que las actuales cortes compuestas de los primeros sabios de América y España (hombres despejados sin duda de toda añeja preocupación) reconocerán nuestros derechos y procederán en todo conformes a la razón y a la justicia: habiendo concebido, repito, esperanzas tan lisonjeras, no podían menos de abandonar por ahora las armas.

La verdad es un eslabón que está enlazado con otro: de este segundo dependen un tercero, y a este último pueden seguirse otros muchos; vamos pues a indagar las consecuencias que se infieren de la proposición que he demostrado.

Primera consecuencia. Luego están obligados los americanos a pedir la independencia de su patria. La razón es: por que en virtud del natural amor con que aman el suelo en que han nacido, deseando que este sea igual, cuando no superior a las demás porciones de la tierra. Tratando de saciar este justo deseo, se ven precisados a remover obstáculos, destruyendo todo aquello que quiera poner impedimento. Con que se reducen a la dura necesidad de ser homicidas, las actuales cortes saben muy bien que toda nación es soberana de sí misma, y así es muy probable que no negarán la emancipación cuando vean que se les pide. No es lícito el homicidio sino después de agotados los recursos: luego están obligados los americanos a pedir la independencia de su patria.

Segunda consecuencia. Luego el americano que tal haga en sus escritos no merece ni el más leve castigo. Se infiere claramente del colorario que antecede; porque a la verdad, el que practica a lo que esta obligado por la naturaleza y la moral cristiana, es acreedor al premio, no al suplicio.

Me contentaré con no poner aquí otras deducciones mas que las dos anteriores; porque cualquiera es capaz de hacer innumerables por sí sólo.

Hea, pues americanos tímidos, usad de las facultades que les concede la Constitución política de la Monarquía; esperad con moderación vuestros pensamientos políticos: lejos sea de vosotros la vil adulación y egoísmo; obrad en fin sin otra guía

2 Sin embargo de ser uno de los mayores enemigos de todo americano.

qué la sana razón y la justicia. Mas si no os resolvéis a seguir este camino, guardad silencio, no habléis una palabra; pues menos malo es no dar un paso que marchar al precipicio.

A. de R.

México:

Oficina de los ciudadanos militares D. Joaquín y D. Bernardo de Miramón,
calle de Jesús núm. 16.